

VÍCTOR ALBERTO DELGADO MALLARINO
"GENERAL DE GENERALES"

Aquella mañana del 26 de julio de 1.929, el cielo de Santa Fe de Bogotá amaneció vestido de gala; las aves regalaban sus trinos en la espesura, los cerros tutelares respiraban con mayor vehemencia, las flores alfombraban la tierra, el rocío caía acariciando los prados y jardines, mientras sus padres Alberto y Magdalena, en la pila bautismal signaban al párvulo Víctor Alberto, criatura e hijo de Dios, enseñándole la buena crianza y el elixir de los bienaventurados; el colegio las normas de la urbanidad de Carreño, el catecismo de Astete, la instrucción cívica, la historia de Henao y Arrubla, la aritmética, la geografía de Quintana, la gramática de Gruño, la educación física y otras asignaturas de gran interés por entonces, traducidas estas en una personalidad que seducida por los atributos de la Escuela de Cadetes de Policía General Santander, ingresara a sus claustros en los que presto transitara por las lides del saber y abrevara las mieses que habrían de conducirlo por los senderos en los que se dan a granel la disciplina, las leyes, los códigos, las virtudes y el talento para fungir en los collados de la sabiduría, el prestigio, la dignidad y el señorío.

Egresado del histórico plantel, como integrante de la promoción IX de oficiales "*Carlos Holguín Mallarino*", el joven teniente se lanzó intrépido por montes y vallados, ríos, praderas, aldeas y poblados, antorcha en alto, cual pregonero de la paz, para incendiar a Colombia con el ardor de los valientes y los postulados de la armonía social.

Su sangre y su nombre traducían la regia estirpe de sus ancestros ya en los campos de la primera magistratura del estado, ora en la cultura universal como en las bellas artes.

Impávido enfrentó los avatares del destino hasta domeñar a quienes osaban desafiar las huestes comandadas por el integérrimo capitán Delgado, de cuyas manos flameaba el estandarte de la libertad y el orden.

Un cúmulo de conocimientos y habilidades, lo llevaron a conducir la docencia de las escuelas de policía: Carlos Holguín Mallarino, General Francisco de Paula Santander, Gonzalo Jiménez de Quesada y el Centro de Adiestramiento Canino.

Su don de mando y personalidad carismática, orientaron sus pasos marciales por los departamentos de Policía Cauca, Caldas, Valle, el F-2, la Jefatura de Personal, la Dirección de Prisiones, el Estado Mayor, la gerencia del Fondo Rotatorio, la Inspección General, la Subdirección y Dirección General de la institución, a la que le imprimiera el summum del orden administrativo.

El donaire de sus ademanes, le granjeó el aprecio de sus subalternos, sus palabras jamás se pronunciaron para zaherir a sus semejantes; su augusta presencia iluminaba el día.

La nobleza de su espíritu a diario se alimentaba con las burbujas de la más bella virtud: La amistad.

Le prodigó especial resonancia al poder aéreo de la institución, tanto como a la creación de las policías metropolitanas de Cali y Bogotá, además de otros frentes de gran nombradía.

Prendado de los encantos de Mariela, la reina del palmar, formó cálido hogar, refugio de amor del que emergieran María, Magola, Luisa, Víctor y Claudia a quienes supo regalar la ambrosía de sus más caros sentimientos. Allí dejábanse oír día a día las notas de la música clásica, enseña ello de gran cultura; de las paredes pendían cuadros de exquisito gusto pictórico.

Tuvo a bien el gobierno nacional en virtud a un alud de méritos, ascender al ilustre coronel, a los grados superiores de la jerarquía policial, para así ostentar en sus lustrosas hombreras por vez primera las tres estrellas de general.

En la cúspide de sus ilusiones, agobiado de honores, cruces, condecoraciones, pergaminos y trofeos, se alejó con sentida nostalgia de las redes del servicio activo, para navegar por los mares del añoso retiro.

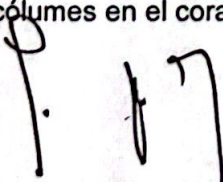
Traspasó el proceloso atlántico a fin de cabalgar sobre las rojas alfombras y asentarse en los dorados salones de la diplomacia, siendo escenario de ello las repúblicas de Rumania y Argelia.

Supo delinear con gran maestría y gracia sutil los caprichos del poder, la fama y la gloria. En su trasegar no conoció de mezquindades ni el fracaso halló morada en él.

Al doblar de las campanas, ligero de equipaje como había vivido, el 15 de noviembre del año en curso entregó su alma enamorada en brazos de divino esplendor, legando un ejemplo edificante a los que han de venir.

En verdad en verdad apreciado lector que, la vida y obra; la gesta del señor general Delgado, bien acreditan un sitio de honor en el palmarés del reloj de la historia.

Pasarán las edades, su nombre e hidalguía congelados en el tiempo, permanecerán incólumes en el corazón de Colombia como del Señor del Alto Cielo.



Brigadier General (H)
HUMBERTO APARICIO NAVIA

Santiago de Cali, 24 de noviembre de 2.025